

Vicente M^a Roig Condomina*

LA SOCIEDAD VALENCIANA DE BELLAS ARTES O
EL CENTRO ARTÍSTICO DE LA
CALLE DE CABILLEROS (1889-1891):
EL ANTECEDENTE MÁS INMEDIATO DEL
CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE VALENCIA

La creación del Círculo de Bellas Artes en 1894 fue fruto de un esfuerzo que los artistas y aficionados valencianos venían realizando desde hacía tiempo con la intención de disponer de un centro independiente donde reunirse, trabajar, exhibir y comercializar sus producciones.

Los proyectos que en dicho sentido se habían planteado en Valencia a lo largo del siglo XIX no llegaron a cuajar o acabaron fracasando. Por otra parte, la protección que las instituciones y sociedades dispensaban a los artistas era a todas luces insuficiente. Y así, en las postrimerías del siglo, todavía los artistas valencianos se hallaban faltos de una sociedad que por entero les fuese propia.

Es cierto que en el Ateneo Científico, Literario y Artístico existía una sección dedicada a las artes y que en sus locales funcionaba con bastante aprovechamiento una clase nocturna de acuarelas; pero la sociedad, que ahora se encontraba llena de deudas y con problemas de espacio en su casa social, tenía cada vez menos peso en la proyección del trabajo de sus artistas y ni siquiera parecía capaz de seguir sufriendo los trastornos de organizar exposiciones de alguna envergadura.

La mayor desilusión, no obstante, que por aquellos años sufrieron los artistas valencianos fue el cierre en 1888 de la exposición permanente que dos años antes había abierto el empresario Juan Solís Gil en la calle del Mar: el Salón Solís¹; perdiendo de este modo un valioso centro de venta que estu-

* Universitat de València

¹ Sobre el Salón Solís, véase nuestra comunicación «La exposición permanente de Juan Solís en la Valencia del siglo XIX», en *Actas del VII CEHA*. Murcia, 1988. Mesa I: *Patronos, promotores, mecenas y clientes*, Murcia, 1992, pp. 675-680.

vo muy cerca de consolidarse.

La experiencia, a pesar de todo, había sido muy alentadora para los artistas. Además, el homenaje que por su iniciativa acababan de realizar a Ribera para conmemorar el tercer centenario de su nacimiento, un completo éxito; logrando que Mariano Benlliure perpetuase al pintor setabense en un monumento que se inauguró en enero de 1888². Animados por ello algunos artistas que habían formado parte del grupo organizador del monumento, comenzaron a mantener poco después una serie de entrevistas encaminadas a formar un centro artístico. Con tal objeto, el 15 de marzo, un buen número de pintores, escultores y arquitectos celebraron una asamblea en los locales de la Sociedad Económica, en la que resolvieron formular el proyecto de la sociedad y que éste pasase luego a la aprobación de la junta general, para lo cual se nombró una comisión con amplias facultades formada por el conde de Almodóvar, Joaquín Belda, Joaquín Agrasot, José Benavent, Gonzalo Salvá, Juan Peyró, Antonio Cortina y José Calvo. Al propio tiempo comenzaron a recogerse adhesiones entre los académicos, artistas y aficionados, en



Juan Peyró, vicepresidente 1^o de la Sociedad Valenciana de Bellas Artes y uno de sus miembros más destacados.

los que al parecer hallaron una acogida muy favorable a la idea³.

El principal problema con el que los artistas se encontraron para la consecución del pensamiento, fue, sin duda, hallar un local conveniente y ajustado a sus posibilidades económicas. En efecto, pocas semanas después de que éstos comenzasen sus gestiones para formar el centro, el diario *El Mercantil Valenciano* publicó un artículo firmado con el seudónimo Habacuc en el que ponía de manifiesto las dificultades que tenían para encontrar un departamento adecuado. Sugería el articulista su posible instalación en las deterioradas dependencias que los juzgados municipi-

² Vicente Vidal Corella, *Los Benlliure y su época*, Valencia, 1977, pp. 111-112. Sobre el pensamiento y los trabajos para erigir el monumento véase Félix Pizcueta, «José de Ribera», *El Mercantil Valenciano*, 12 enero 1888, p. 1. Véase también «Monumento a Ribera», *El Mercantil Valenciano*, 18 agosto 1886, p. 2.

³ Cfr. *Las Provincias*, 15 marzo 1888, p. 2; 18 marzo 1888, p. 2, y 6 abril 1888, p. 2, y *El Mercantil Valenciano*, 15 marzo 1888, p. 2.



Monumento a Ribera, por Mariano Benlliure, cuyo grupo organizador sería el germen de la Sociedad Valenciana de Bellas Artes.

pales ocupaban en la Lonja, cuya necesaria obra de rehabilitación consideraba oportuno que corriese por cuenta de los artistas. Entre las ventajas que habría de reportar la existencia de la sociedad — convenientemente acomodada en aquel edificio—, estarían, por una parte, el remediar la salida que se estaba produciendo, «de riguroso incógnito», a los mercados extranjeros, de las obras realizadas por nuestros artistas. El centro sería una exposición permanente donde podría apreciarse el movimiento artístico de la capital, y el público y el artista se entenderían sin necesidad de intermediarios. Por otra parte, la presencia de los artistas en el estropeado edificio de la Lonja determinaría su adecuada transformación, posibilitando que volviese a ser un lugar de activa vida social con la

celebración de conciertos, soirees y bailes de trajes. A pesar de tantos beneficios, no ocultaba el comentarista su gran escepticismo con respecto a la determinación del Ayuntamiento en ceder el local, al que censuraba la escasa protección que dispensaba a las artes⁴.

Una cierta apatía siguió entre los artistas al entusiasmo inicial con que habían acogido el proyecto, y durante algún tiempo, después de que se practicasen algunas gestiones, poco más se trató del centro. Ante la indiferencia que parecía haber hecho presa en éstos, *El Mercantil Valenciano*, en una gacetilla publicada a mediados de octubre de 1888, hacía saber su decepción por el estancamiento en que se hallaban los trabajos para fundar el centro artístico, cuya oportunidad reivindicaba, opinando que las circunstancias no habían variado y que los artistas todavía se encontraban sin casa social o punto de reunión donde cambiar sus impresiones, careciendo igualmente de sitio donde exponer sus trabajos, así como que la mayor parte de ellos no tenían libros ni modelos, por lo que andaban faltos de estímulo y entregados a sus escasas fuerzas y medios, siendo que podrían encontrar solventados tales obstáculos formando la asociación⁵.

Con todo, a principios de 1889, la comisión designada para formular el

⁴ Habacuc, «Sociedad valenciana de Bellas Artes», *El Mercantil Valenciano*, 5 abril 1888, pp. 2 y 3.

⁵ *El Mercantil Valenciano*, 17 octubre 1888, p. 2.

reglamento por el que se debía regir el centro artístico, que en un primer momento recibió el nombre de Sociedad Valenciana de Bellas Artes, terminó su cometido; sometiéndolo a la aprobación de la junta general de los socios y quedando elegida la siguiente junta directiva⁶:

Presidente.- el conde de Almodóvar.

Vicepresidente 1º.- Juan Peyró.

Vicepresidente 2º.- Luis Ferreres.

Secretario general.- José Benavent.

Vicsecretario 1º, José Vilar.

Vicsecretario 2º.- José Aixa.

Bibliotecario.- Francisco Rubio.

Contador.- Germán Gómez Niederleytner.

Tesorero.- Gaspar Cazador.

Vocales.- José Brel, Antonio Yerro y Antonio Martorell.

De todos modos, todavía hubo de pasar algún tiempo antes de que la constitución del centro artístico fuese un hecho, pues aun cuando se pretendía hacer coincidir su apertura con las fiestas de la Feria de Julio de aquel año, tal aspiración se vio postergada; evidentemente, por la infructuosa búsqueda de un local donde instalarlo, teniéndose en expectativa una casa que su presidente, el conde de Almodóvar, poseía en la calle del Mar⁷.

Por fin, a finales del año, el 21 de diciembre, se lograba inaugurar en los bajos de la casa número 7 de la calle de Cabilleros, con el nombre de Centro Artístico, la ambicionada sociedad que permitiría a los artistas el disponer de un lugar de encuentro y de exhibición y venta de sus trabajos; muestra que se hacía extensible a las antigüedades y a todas aquellas obras que merecieran por algún concepto el nombre de artísticas, para lo cual una comisión de artistas tendría a su cargo la inspección previa de todo lo que se pretendiese exponer⁸. Los socios del Centro se obligaban al pago de una peseta mensual, obteniendo, además del derecho de exhibir sus trabajos, el de participar en los sorteos mensuales de dos o tres cuadritos u otras pequeñas obras que designase la junta directiva⁹.

Desgraciadamente, la vida del centro artístico de la calle Cabilleros fue muy corta, algo menos de dos años, desde diciembre de 1889 hasta octubre de 1891, en que hubo de disolverse al levantar su establecimiento fotográfico el retratista Vidal, quien había cedido el local a los artistas bajo ciertas

⁶ Cfr. *El Mercantil Valenciano*, 12 enero 1889, p. 2, y *Las Provincias*, 20 enero 1889, p. 2, y 22 enero 1889, p. 2.

⁷ Cfr. *Las Provincias*, 7 marzo 1889, p. 2.

⁸ Cfr. *El Mercantil Valenciano*, 6 diciembre 1889, p. 2, y 14 diciembre 1889, p. 2, y *Las Provincias*, 14 diciembre 1889, p. 2.

⁹ Cfr. *El Mercantil Valenciano*, 22 diciembre 1889, p. 2, y *Las Provincias*, 24 diciembre 1889, p. 2.

condiciones y del que dependía¹⁰: no pudiendo llevarse a efecto algunos de sus objetivos iniciales, como el de promover fiestas —a semejanza de las que realizaba la Sociedad de Escritores y Artistas de Madrid—, dar bailes y celebrar otras funciones, como también resultó estéril el propósito de aclimatar en Valencia el Carnaval al estilo de Roma. Y aunque el centro estuvo siempre muy animado durante su exigua existencia, al parecer las dos únicos extremos que se alcanzaron fueron la exposición permanente y la rifa.

Conocemos por la prensa buena parte de las obras que se rifaron entre los suscriptores; obras que también quedaban de manifiesto en la permanente. Las primeras fueron un paisaje de José Vilar y una Cabecita de Joaquín Agrasot. En enero de 1890 se rifaron dos cuadritos de Germán Gómez y de José Benavent, y una arquilla de estilo gótico construida por Luis Gilabert. En febrero, un Soldado de los Tercios de Flandes, de Juan Peyró; una marina sobre plancha de porcelana, de Mariano Marín, y una marina, acuarela, de Salvador Abril. En junio, una acuarela de Agrasot, un estudio de una aldeana leonesa; un paisaje tomado de la Albufera, de Abril, y una cabeza de estudio de Peyró. En julio, una cabeza de estudio, de Benavent; un paisaje, de Vilar, y un general español de principios de siglo, de Germán Gómez. En agosto, un paisaje de Marín; una cabeza de estudio, de López, y dos jarrones de barro, de Luis Gilabert. En noviembre, una acuarela de Agrasot, que representaba una Maja; un paisaje de Gonzalo Salvá, y una marina y un paisaje de Vilar. En diciembre, una figura pintada por Agrasot; un paisaje de Salvá, y otro de Vilar. En marzo de 1891, una cabeza de estudio, de Germán Gómez; un cuadrito de Benavent que representaba el patio de una casa vieja de Toledo, en el que se veía a una mujer lavando ropa en una pila junto a un pozo, y dos paisajes de Ramón Stolz. En abril, dos cuadros de Salvá y Vilar, y un San Francisco de Asís modelado en barro por Gilabert. En mayo, una tabla pintada por Agrasot, en la que se veía la playa del Cabañal en la época de baños; una acuarela de Germán Gómez, que figuraba a una dama de principios del siglo, y un paisaje de Benavent en el que aparecía una campesina asturiana. Y en junio, un paisaje de Vilar; dos marinas de Marín, y un busto del Españolito modelado por Gilabert¹¹.

La actividad más significativa del centro artístico fue, desde luego, su exposición permanente, en la que pudieron mostrar su obra los artistas más conocidos que residían en Valencia, como Joaquín Agrasot, Ignacio Pinazo, Salvador Abril, Juan Peyró, Gonzalo Salvá, Vicente Nicolau Cotanda, José Nicolau Huguet, Javier Juste, Germán Gómez Niederleytner, José Vilar, etc.,

¹⁰ Cfr. *Las Provincias*, 8 octubre 1891, p. 2, y *El Mercantil Valenciano*, 9 octubre 1891, p. 2.

¹¹ Cfr. *Las Provincias*, 24 diciembre 1889, p. 2; 14 enero 1890, p. 2; 15 febrero 1890, p. 2; 17 junio 1890, p. 2; 19 agosto 1890, p. 2; 19 noviembre 1890, p. 2; 2 diciembre 1890, p. 2; 20 marzo 1891, p. 2; 23 abril 1891, p. 2; 21 mayo 1891, p. 2; 14 junio 1891, p. 2, y *El Mercantil Valenciano*, 17 julio 1890, p. 2.

así como también algunos de los que se hallaba fuera, especialmente Mariano Benlliure; permitiendo, además, a muchos artistas noveles, algunos de los cuales destacarían luego, como Arturo Almar, Juan Belda, Enrique Navas, Ramón Stolz o Julio Vila Prades, la oportunidad de dar a conocer sus primeros trabajos.

La entrada a la exposición era gratuita, y según los comentarios de la prensa fue un centro muy activo de venta de obras de arte, las cuales se iban renovando a medida que encontraban comprador.

Al hacer la crónica de la exposición permanente de arte y antigüedades que se acababa de abrir en la calle de Cabilleros, *El Mercantil Valenciano* echaba en falta en el local muchas condiciones que hubieran sido apetecibles, aunque lo disculpaba por el gusto artístico con que se había decorado, haciendo así más tolerables sus carencias. De entre el buen número de cuadros que se exponían únicamente hacía mención de las firmas de Agrasot, M. Benlliure, Peyró, Benavent, Almar, Marín, Gómez, Nicolau Cotanda, Abril, Muñoz, Navas y Blasco; añadiendo que también resultaba digna de un examen minucioso la colección que había de platos, armas, jarrones y muebles antiguos de distintos estilos¹².

Los comentarios del diario *Las Provincias*¹³ sobre esta primera exposición eran más extensos. Del local opinaba que, aunque reducido, ofrecía buenas condiciones, con luz cenital que daba una claroboya de cristales durante el día y con una espléndida iluminación de gas durante la noche, y que la profusión de cuadros y objetos artísticos, muebles, armas y artículos de cerámica que se veían reunidos causaba un buen efecto. Con respecto a los numerosos cuadros que se exponían, de los que indicaba que eran casi todos de pequeño formato, opinaba que había algunos de bastante calidad y de firmas muy acreditadas. De entre los mejores trabajos mencionaba un paisaje de Gonzalo Salvá, de cierto tamaño, titulado *Orillas del Guadalaviar* y que recogía un pinar de las montañas de Chelva, y otro paisaje del mismo autor, de menor tamaño, titulado *Tarde de Otoño*, que consideraba «también interesante». De Joaquín Agrasot, que tenía un buen número de cuadros, y «buenos», según el comentarista, citaba *La Maja de 1800* y *La Marquesita de 1800*, «dos tipos preciosos y bien contratados»; la *Tentación*, en el que aparecía un fraile a quien hostigaba una visión femenina, del que opinaba que era un trabajo «bien compuesto y pintado con primor»; una *Maja*, «gua-petona», y una *Juerga*; teniendo a todo lo de este autor por «interesante». De Germán Gómez, «otro de los maestros» que brillaban en la exposición, a juicio del cronista, destacaba, entre varias «figuritas deliciosas», damas, labra-

¹² Cfr. *El Mercantil Valenciano*, 22 diciembre 1889, p. 2.

¹³ Véase «Exposición de obras de arte y antigüedades», *Las Provincias*, 22 diciembre 1889, p. 2.

doras y escenas de género, una Barbería del siglo XVIII. De José Vilar, de quien apreciaba sus excelentes paisajes, prefería uno titulado el Caserío de Elorrio y una marina. También de Salvador Abril señalaba una marina. De Mariano Marín, otras varias marinas y algunos paisajes, teniendo por muy notables los titulados Ribera del Júcar y Recuerdo del Norte. De Juan Peyró, especialista en cuadritos de pequeño formato, según confirmaba el cronista, había uno titulado Un brindis, que representaba una escena de mosqueteros. De Vicente Nicolau Cotanda, varios cuadritos de costumbres y de tipos de valencianas. De Luis Gaşch, un cuadro titulado la Procesión en un lugar y unos «tipos de moros muy bien caracterizados». De José Benavent, un Vendedor de naranjas, una Vendedora de gallinas y una Chula. Y de José Genovés, dos platos pintados con frutas¹⁴.

Además de los anteriores, el diario nombraba a Sousa, Aldás, Bellver, Sigüenza, Vivó, Vila, Romero, Cabedo, García de la Rosa, Algortes, Almar y Blasco; disculpándose por la posible omisión de algún autor y por no poder citar todos los cuadros. Hacía, no obstante, especial mención de uno titulado Idilio que firmaba un tal Seguí, pintado en Roma y que al parecer había estado en la última Exposición Nacional, según el comentarista, quien reconocía la posibilidad de equivocarse en el nombre; debiendo ser obra de Ramón Stolz Seguí. E igualmente, dos dibujos a pluma de Gregorio Muñoz Dueñas, que formaban pareja y se titulaban Realismo y Romanticismo, de los que opinaba el articulista que la idea estaba bien expresada y el diseño era artístico, franco y limpio.

Entre los otros objetos artísticos y antigüedades que figuraban en la exposición, destacaba a juicio de la prensa un magnífico mueble con incrustaciones de placas de marfil, en las que estaba representada la historia de Don Quijote; considerando también interesante una colección de clavos de hierro de puertas antiguas y algunos platos de Manises y otros objetos de cerámica valenciana.

La acogida que el público dispensó a la exposición permanente fue desde un principio muy propicia, realizando numerosas compras. No mucho después de su apertura, en febrero de 1890, la prensa hacía elogios de la rapidez con que las obras vendidas eran reemplazadas por otras nuevas, e informaba que entre éstas se encontraban las siguientes pinturas al óleo: dos paisajes y una marina, de José Vilar; un estudio de Cabeza de mujer y una composición de costumbres valencianas, titulada Demanda de matrimonio, de Juan José Zapater; una Labradora valenciana y una Campesina, de Salvador

14. En un suelto publicado por Las Provincias dos días después (24 diciembre 1889, p. 2) se informaba de que el público ya había comenzado a adquirir algunas de las obras, lo que estaba significando un gran estímulo para los artistas, y mencionaba entre las ventas: dos porcelanas de José Vilar, la tablita de José Benavent en la que había pintada una chula y los dos platos con frutas de José Genovés.

Castro; una Pastora y una figurita titulada Vendedor de naranjas, de Luis Gasch; una Flamenca, de Arturo Almar; unas Flores, de Julia Alarcón; una Dama del siglo XVI, de Dolores Gargallo; una Venus, de Arnedo; un Labrador, de Germán Gómez; un paisaje, de José M^a Cabedo; un bodegón, de José Cucó; un Estudio de ropas, de Juan Belda, y un paisaje, pintado en el manicomio por Javier Juste¹⁵. Entre las nuevas obras de escultura, indicaba la prensa que figuraban dos cabecitas de Tipos manchegos; una composición titulada Recuerdos del Norte, de Antonio Yerro, y una figurita, copia del Esopo de Velázquez, de Luis Gilabert¹⁶.

En abril de 1890 la prensa volvía a dar noticia de otras nuevas obras que se habían colocado en el salón de bellas artes de la calle Cabilleros. Figuraban entre éstas una acuarela de Mariano Benlliure que representaba a un picador sobre un caballo herido. Dos cuadros de Julia Alarcón, uno que tenía como asunto a un fraile leyendo un libro en un jardín lleno de flores y el otro a un labrador anciano jugando a las cartas con una muchacha en el jardín de una alquería. De Salvador Castro eran dos tipos de la huerta: un Labrador con zaragüelles encendiendo un cigarro y una Labradora llevando un gallo y un cesto al brazo. La Costurera, de Joaquín Agrasot, que representaba a una joven sentada cosiendo al lado de una ventana, y un mosquetero que dormía sentado en un banco apoyando la cabeza en la pared. De Arturo Almar era un cuadro titulado Pelando la pava, en el que dos jóvenes labradores departían amorosamente. Javier Juste, el muelle de un puerto nevado, y un paisaje cruzado por un camino vecinal transitado por un grupo de labradores. Julio Vila, un paisaje en el que aparecía una ermita en el campo y varios excursionistas preparando una paella. Ignacio Pinazo, una acuarela que representaba al dios Baco con una parra llena de racimos de uva a sus pies. Y Mariano Marín, un Paisaje con un plácido lago y una marina en la que aparecía un buque arrastrado por un temporal, próximo a estrellarse contra las rocas de la costa¹⁷.

A mediados de mayo se renovaron la mayor parte de las obras de la exposición, fijando su atención la prensa en un Soldado de los tercios de Flandes,

¹⁵ Javier Juste había ingresado en el Manicomio de Jesús en febrero de 1888, al no poder los cuidados familiares ni las prescripciones facultativas atajar su enajenación mental (cfr. *Las Provincias*, 18 febrero 1888, p. 2); lugar éste en el que fallecería el 14 de abril de 1899 sin haberse recuperado de su enfermedad (cfr. *Las Provincias*, 11 abril 1899, p. 2, y 15 abril 1899, p. 1); si bien, en los escasos momentos de lucidez que le dejó la enfermedad, siguió cultivando la pintura en el taller que tenía instalado en la citada institución, y practicando la poesía en los últimos años de su vida (cfr. Mateo, «Nuestros pintores. Javier Juste», *Las Provincias*, 12 febrero 1897, p. 3). El origen de su desequilibrio lo explica Manuel González Martí, «Artistas Valencianos del siglo XIX. Javier Juste, el «loco»», *Oro de Ley*, Valencia, 30 junio 1929, pp. 167 y 168.

¹⁶ Cfr. *Las Provincias*, 21 febrero 1890, p. 2.

¹⁷ *Las Provincias*, 23 abril 1890, p. 2.

de Joaquín Agrasot; dos porcelanas, un paisaje y una marina, de Mariano Marín; un Estudio de pintor, de Juan Belda; un grupo de Floristas valencianas, de Germán Gómez; unos Monaguillos, de Vicente Vivó, y varios cuadros de Javier Juste¹⁸.

En el mes de junio se mostraron en la exposición dos paisajes de José Vilar, uno que representaba la Costa de Portugaleta y el otro una Pradera de Santander; dos acuarelas de José Nicolau Huguet, una que figuraba a un Miliciano con el fusil sobre el brazo mientras liaba un cigarro y la otra a una Pescadora que atravesaba la playa, y dos Tipos de la huerta con los trajes de principios de siglo, de Vicente Nicolau Cotanda. También en el mismo mes quedó expuesta una estatua en yeso, de Luis Gilabert, que representaba al justicia de Aragón, Juan Lanuza, y se destinaba a Zaragoza para la erección de un monumento¹⁹.

Al mes siguiente, en julio, la exposición se aumentó con obras pertenecientes a Juan Belda, Germán Gómez, Luis Gasch, José Gamón, Oñate, Mariano Marín, Fernando Roger, Ramón Stolz y Javier Juste²⁰. La falta de información sobre la actividad del salón durante los meses de agosto a octubre nos hace suponer que debió quedar cerrado durante las vacaciones estivales.

Un notable acontecimiento en la vida del Centro significó la exposición que se inauguró el 22 de noviembre formada por más de cuarenta obras del malogrado Antonio Cortina; reunidas gracias al celo de la junta directiva para su exhibición y posterior subasta de la mayor parte de ellas, con cuyo producto contribuir al auxilio de la familia del artista. Entre los trabajos figuraban algunos dibujos al lápiz, al carbón y a la aguada; los apuntes para las pinturas murales de la iglesia de la Zaidía y de San Bartolomé; varios retratos; un San Francisco, y la última obra del pintor, una Labrador²¹.

Terminada la licitación de las obras de Antonio Cortina, se reanudó a principios de diciembre la exposición permanente, figurando en su reapertura algunos cuadros de Joaquín Agrasot, Gonzalo Salvá, José Vilar,

¹⁸ Cfr. *Las Provincias*, 22 mayo 1890, p. 2, y *El Mercantil Valenciano*, 24 mayo 1890, p. 2.

¹⁹ Cfr. *Las Provincias*, 11 junio 1890, p. 2, y 20 junio 1890, p. 2. Fueron varios los paisajes tomados de Santander que expuso José Vilar en el salón de la calle de Cabilleros, habiendo sido uno de ellos adquirido, en febrero de 1890, por el gobernador de la provincia, Joaquín Fiol (cfr. *Las Provincias*, 2 febrero 1890, p. 2, y *El Mercantil Valenciano*, 2 febrero 1890, p. 2).

²⁰ Cfr. *El Mercantil Valenciano*, 17 julio 1890, p. 2.

²¹ Cfr. *Las Provincias*, 23 noviembre 1890, p. 2; 26 noviembre 1890, p. 2, y 27 noviembre 1890, p. 2. La subasta se realizó durante los días 26 y 27, adquiriendo obras de Cortina: José Puig Martí, Carmelo Lacal, Antonio Blasco, Octavio Jarque, Antonio Fierros, Antonio Pinto, Aurelio Querol, Benito Fierros, Joaquín Agrasot, Francisco Brugada y Germán Gómez (cfr. *Las Provincias*, 28 noviembre 1890, p. 2). Otros seis cuadros de Antonio Cortina, remitidos de Madrid, se expusieron en julio de 1891 en el salón de la calle Cabilleros (cfr. *Las Provincias*, 14 julio 1891, p. 2).

Mariano Marín y José Benavent, además de varias obras de Cortina que no se habían enajenado²².

Aunque es escasa la información sobre la actividad del centro durante el primer semestre de 1891, es de suponer que debió continuar, con mayor o menor fortuna, siendo un centro de exhibición y venta de obras artísticas. Lo más señalado que debió ocurrir durante aquel año habría sido el que en abril se expusieran algunas de las obras que los artistas valencianos remitían a la Exposición de Bellas Artes de Barcelona: un Bautizo de labradores en el acto de salir de la iglesia y dos Jóvenes leyendo una carta cerca de una ventana, de Joaquín Agrasot; un cuadro con figuras «de casacón y empolvada peluca» subiendo a una carroza, de Ramón Garrido; un paisaje con agrestes peñas, de Ramón Stolz; otro de José M^a Cabedo, y un tercero de José Vilar titulado La tarde²³.

Seguramente, la última muestra importante que se llevó a efecto en el Centro Artístico habría sido la realizada con ocasión de la Feria de Julio de aquel año; festividad durante la cual hacía algún tiempo que no se verificaba ninguna exposición. Inaugurada la tarde del 21 de julio, no se dio, sin embargo, al acto ningún carácter oficial. Entre las obras que más se apreciaron figuró un busto en barro de Antonio Cortina, realizado por Mariano García, en mayor tamaño que el natural, destinado a fundirse en bronce en los talleres de la Maquinista Valenciana para el panteón que en memoria del pintor habían proyectado los artistas valencianos. De Mariano García era también un retrato al óleo, de tamaño natural, de un niño. Igualmente se distinguió una pequeña tabla de Juan Peyró que representaba el taller de una armería del siglo XVII, en el que aparecían, junto con el armero, dos soldados flamencos. También participaron los pintores Agrasot, Gasch, Zapater, Benavent, Bellver y Vilar, y los escultores José y Francisco Viciano, Moltó, López y Gilabert, que llevaron modelos en madera y barro. Una novedad de la muestra la constituyó el poder apreciarse una colección que había traído de Madrid el marchante Ricardo Hernández, en la que figuraban obras de Cortina, Antón, Ruiz Morales, Meifrén, Ruiz Guerrero y Lleonart²⁴.

²² Cfr. *Las Provincias*, 2 diciembre 1890, p. 2.

²³ Cfr. *Las Provincias*, 2 abril 1891, p. 2.

²⁴ *Las Provincias*, 18 julio 1891, p. 2.